

VIDA Y MOMENTOS DE LA PRIMERA NUEVA IZQUIERDA

La «primera» Nueva Izquierda nació en 1956, más que en un año en una coyuntura delimitada, por un lado, por el aplastamiento de la Revolución húngara por los tanques soviéticos y, por el otro, por la invasión francesa y británica de la zona del Canal de Suez¹. Estos dos sucesos, cuyo dramático impacto fue amplificado por el hecho de ocurrir con pocos días de diferencia, pusieron al descubierto la violencia subyacente y la agresión latente de los dos sistemas que entonces dominaban la vida política —el estalinismo y el imperialismo occidental— y provocaron una conmoción en el mundo político. En un sentido más profundo, definieron para la gente de mi generación los límites y fronteras de lo tolerable en política. Nos pareció que, después de «Hungría», los socialistas llevarían en su corazón el sentimiento de tragedia que la degeneración de la Revolución rusa en el estalinismo supuso para la izquierda en el siglo xx. «Hungría» puso fin a cierto tipo de inocencia socialista. Por otro lado, «Suez» puso de manifiesto la magnitud del error de creer que arriar la Union Jack en unas pocas ex colonias señalaba necesariamente el «fin del imperialismo», o que los beneficios reales del Estado de bienestar y de la ampliación de la abundancia material significaban el fin de la desigualdad y la explotación. «Hungría» y «Suez» fueron, así, experiencias de transición que definieron ciertos límites. Simbolizaron la ruptura de la Edad de Hielo política.

La Nueva Izquierda nació en la estela de estos dos acontecimientos. Intentaba definir un tercer espacio político situado entre estas dos metáforas. Su nacimiento significó para los izquierdistas de mi generación el fin de los

¹ Este ensayo está dedicado a la memoria de Alan Hall, con quien compartí muchas de las experiencias de aquellos tiempos. Conocí a Alan en 1952, cuando vino a Balliol procedente de Aberdeen. Después dio clases en Keele sobre la época clásica. Era además un apasionado arqueólogo de los restos grecorromanos en Anatolia. Desempeñó un papel fundamental en la primera *New Left* (incluida la transición de la primera a la segunda generación), pero murió trágicamente a los cincuenta años, antes de tener la oportunidad de registrar por sí mismo la historia de la Nueva Izquierda. «The First New Left: Life and Times» fue presentado originalmente como un texto en la conferencia sobre la Nueva Izquierda «Saliendo de la apatía», que tuvo lugar en Oxford en 1988. Una versión ampliada apareció en *Out of Apathy: Voices of the New Left Thirty Years On*, Londres, Verso, 1989, editado por Robin Archer y otros.

silencios impuestos y de los puntos muertos políticos de la Guerra Fría, y la posibilidad de un avance hacia un nuevo proyecto socialista. Tal vez resulte útil comenzar por la genealogía. El término «Nueva Izquierda» se asocia habitualmente a «1968», pero, para la generación de la Nueva Izquierda de «1956», «1968» era ya una segunda o quizá incluso una tercera mutación. El término lo habíamos tomado prestado, en los años cincuenta, del movimiento conocido como *nouvelle gauche*, una tendencia política independiente en la política francesa asociada al semanario *France Observateur* y a su editor, Claude Bourdet. Bourdet, una figura sobresaliente de la Resistencia francesa, personificó después de la guerra el intento de abrir una «tercera vía» en la política europea, independiente de las dos posiciones dominantes en la izquierda, el estalinismo y la socialdemocracia, más allá de los bloques militares de la OTAN y del Pacto de Varsovia, y opuesta a la presencia tanto estadounidense como soviética en Europa.

Esta «tercera posición» coincidía con las aspiraciones políticas de muchos de los que se reunieron para formar la primera Nueva Izquierda británica. Algunos de nosotros habíamos conocido a Bourdet en París, en una conferencia convocada para estudiar la fundación de una Sociedad Socialista Internacional por encima de las divisiones entre Europa oriental y occidental. En Gran Bretaña, el principal defensor de la idea fue G. D. H. Cole, un austero y valiente veterano de la izquierda independiente que entonces todavía enseñaba Política en Oxford. Aunque Cole era un destacado historiador del socialismo europeo y estudioso del marxismo, su socialismo estaba basado en las tradiciones cooperativas y de «control por los trabajadores» del socialismo gremial. Su crítica de las nacionalizaciones burocráticas al estilo «morrisoniano» tuvo una gran influencia sobre la actitud de muchos socialistas de mi generación hacia las formas estatales de socialismo.

La Nueva Izquierda representaba la unión de dos tradiciones diferentes aunque relacionadas, y también de dos experiencias políticas o de dos generaciones. Una era la tradición que denominaría, a falta de un término mejor, comunismo humanista, simbolizada por el *New Reasoner* y sus fundadores John Saville y Edward y Dorothy Thompson. La segunda se podría tal vez describir mejor como una tradición socialista independiente, cuyo centro de gravedad estaba en la generación de estudiantes de izquierda de la década de los cincuenta y que mantenía cierta distancia con las afiliaciones al «partido». Fue la gente de este grupo la que, tras la desintegración de aquellas ortodoxias en 1956, creó la *Universities and Left Review (ULR)*. Yo pertenezco a esta segunda tradición.

Llegadas

Tal vez la narración en primera persona ayude a entender mejor aquel momento. Llegué a Oxford en 1951 con una beca Rhodes, más o menos directamente desde el colegio en Jamaica. Diría que mis ideas po-

líticas eran esencialmente «antiimperialistas». Sentía afinidad por la izquierda y, aunque las lecturas de Marx durante mi educación me habían influido, en aquel entonces no me habría definido como marxista en el sentido europeo. En cualquier caso, me preocupaba el fracaso del marxismo ortodoxo a la hora de tratar adecuadamente tanto los temas de la raza y la etnicidad en el «Tercer Mundo», y las cuestiones del racismo, como la literatura y la cultura, que me interesaban intelectualmente como estudiante. Visto en retrospectiva, me identificaría como uno de los descritos por Raymond Williams en *Culture and Society* que, siguiendo como estudiantes de literatura la controversia entre leavisitas y críticos marxistas, se veían obligados a reconocer que «*Scrutiny* había vencido». No porque tuviera razón –siempre fuimos críticos con el elitismo conservador del programa cultural de *Scrutiny*–, sino porque los modelos marxistas alternativos eran demasiado mecánicos y reduccionistas. (Todavía no teníamos acceso a Lukács, Benjamin, Gramsci o Adorno.) En el frente político general, me sentía muy crítico con todo lo que sabía sobre el estalinismo, bien en tanto que sistema político, bien como forma de política. Me oponía a él como modelo para un socialismo democrático y no comprendía la renuencia de los pocos comunistas que conocía para reconocer la verdad de lo que para entonces era de dominio público: sus desastrosas consecuencias para la sociedad soviética y para Europa del Este.

Igual que el resto del pequeño número de estudiantes del «Tercer Mundo» en Oxford, mis principales preocupaciones políticas se centraban alrededor de las cuestiones coloniales. Me impliqué mucho en la política estudiantil sobre las Antillas occidentales. Debatíamos y discutíamos principalmente sobre lo que estaba ocurriendo en nuestra tierra, en la confianza de que, antes de que pasara mucho tiempo, todos estaríamos allí implicados en ello. Discutíamos sobre la Federación de las Antillas Occidentales y sobre las perspectivas de un nuevo orden económico en el Caribe, sobre la expulsión de la izquierda del PNP de Manley en Jamaica bajo las presiones de la Guerra Fría y la caída del gobierno de Jagan en la Guayana británica, con la suspensión de la Constitución y la entrada de tropas británicas. No había «política negra» en Gran Bretaña, la migración de la posguerra solamente acababa de empezar.

Posteriormente, a medida que comenzaba a interesarme más por la política británica, entré en contacto con la izquierda de Oxford. No había un movimiento político de «masas» británico de la izquierda, ni una cuestión política de alcance popular a la que uno pudiera adherirse. La elección parecía estar entre un Partido Laborista que entonces estaba profundamente comprometido con una visión atlanticista del mundo, y la oscuridad marginal de la extrema izquierda. La primera vez que me aventuré en el debate de un grupo comunista fue para discutir con el Partido Comunista sobre la aplicación del concepto marxista de clase a la sociedad capitalista contemporánea. En aquel momento me pareció un paso extremadamente atrevido, tal era el clima predominante de temor

y desconfianza. Después de 1954, este clima comenzó a cambiar. Se produjo un lento y vacilante resurgir del debate en la izquierda y comenzó a cristalizar un grupo alrededor de estas discusiones. Muchos de nosotros asistíamos al «Grupo Cole» (como se llamaba a su seminario de política), que, aunque formalmente era una actividad académica para estudiantes de posgrado, se desdoblaba en un diversificado grupo de debate de una izquierda amplia. Allí se forjaron algunos de los primeros contactos y amistades que posteriormente se consolidarían con la formación de la Nueva Izquierda.

Ahora resulta difícil evocar el clima político de Oxford en los años cincuenta. La Guerra Fría dominaba el horizonte político, posicionando a todo el mundo y polarizando cualquier tema con su despiadada lógica binaria. Como señalaba el primer editorial de la *ULR*, «respaldar la admisión de China en Naciones Unidas era buscarse la ofensiva etiqueta de “compañero de viaje”; decir que el carácter del capitalismo contemporáneo había cambiado suponía ser tachado de “liberal keynesiano”»². El «deshielo» comenzó como un debate sobre un abanico de temas contemporáneos: el futuro del laborismo y de la izquierda tras el resurgimiento conservador, la naturaleza del Estado de bienestar y del capitalismo de la posguerra, y el impacto del cambio cultural en la sociedad británica en los primeros años «opulentos» de la década. El ritmo de este debate se vio acelerado por las revelaciones de Khrushchev en el XX Congreso del PCUS. La respuesta a «1956» y la formación de una Nueva Izquierda no podrían haber sucedido sin este periodo previo de «preparación», en el que muchas personas adquirieron lentamente la confianza necesaria para implicarse en un diálogo que cuestionaba los términos del argumento político ortodoxo y superaba las fronteras organizativas existentes.

Estas tendencias fueron dramáticamente condensadas por los sucesos de «1956». Los tanques soviéticos en Budapest pusieron fin a cualquier esperanza de que una variante más humana y democrática del comunismo pudiera desarrollarse en Europa del Este sin prolongados traumas y convulsiones sociales. Suez hizo estallar la cándida ilusión (adaptando una frase de Tawney) de que «se podía despellejar al tigre del capitalismo imperialista raya a raya». La manifestación de Trafalgar Square contra la intervención en Suez fue la primera algarada política masiva de ese tipo en la década de los cincuenta, y también la primera vez que me encontré frente a frente con los caballos de la policía o que oí hablar en público a Hugo Gaitskell y Nye Bevan. Recuerdo que la airada denuncia de Bevan de Edén hizo que las palomas alzaran el vuelo sobresaltadas. Uno de los resultados del fermento de «1956» fue la publicación de las dos revistas *Universities and Left Review* y *New Reasoner*, las cuales, al fusionarse posteriormente en 1960, formaron la «primera» *New Left Review*.

² Editorial, *Universities and Left Review* 1 (1957), p. i.

Una nueva izquierda estudiantil

¿Cómo y por qué ocurrió esto entonces y por qué de todos los sitios posibles sucedió parcialmente en Oxford? En los años cincuenta, las universidades no eran centros de actividad revolucionaria como lo serían después. Una minoría de privilegiados estudiantes izquierdistas que debatían sobre el capitalismo consumista y el aburguesamiento de la cultura de la clase trabajadora entre los «pináculos soñadores» podría parecer, en retrospectiva, un fenómeno político bastante marginal. Sin embargo, el debate se seguía con una fiera intensidad conscientemente contrapuesta a la frágil y laxa confianza del tono dominante en Oxford, establecido por los intentos de los «Viva Henry» de la época por revivir *Brideshead Revisited*. De hecho, Oxford contenía también sus enclaves rebeldes: militares y jóvenes veteranos desmovilizados, sindicalistas del Ruskin College y becarios y becarias nacionales y extranjeros. Aunque eran incapaces de redefinir su cultura dominante, estos tipos situados al margen llegaron a constituir una minoritaria cultura intelectual alternativa, si bien no hace falta decir que asediada. Era el «grupo *ULR*».

La izquierda de Oxford era muy diversa. Había un pequeño número de miembros del PC, entre los que figuraban Raphael Samuel, Peter Sedgwick, Gabriel Pearson, sobre todo en Balliol, donde Christopher Hill era el tutor de Historia Moderna. A continuación estaba el amplio grupo de simpatizantes del Club Laborista, la mayoría de los cuales apoyaban firmemente las posiciones reformistas y laboristas fabianas, y entre los cuales unos cuantos tenían la vista completamente puesta en sus futuras carreras parlamentarias. Por último estaban los «independientes», incluidos algunos laboristas serios, que no se alineaban intelectualmente con ninguno de los dos campos anteriores y navegaban con cierta incomodidad entre ellos. Este último grupo atrajo un buen número de exiliados y emigrantes, lo que reforzó su carácter cosmopolita. Charles (Chuck) Taylor era un becario Rhodes francocanadiense y un fenómeno aún más desconcertante, una especie de marxista católico; Dodd Alleyene era de Trinidad, yo era jamaicano; Sadiq al-Mahdi desempeñaría posteriormente un papel significativo en Sudán; Clovis Maksoud era un miembro fundador del Partido Baaz de Siria. Algunos, como Alan Lovell, un pacifista galés, Alan Hall, clasicista escocés, y Raphael Samuel, Gabriel Pearson, Stanley Mitchell y Robert Cassen, todos judíos, eran lo que se podría denominar emigrantes internos.

El centro de nuestros debates era el Club Socialista, una organización moribunda que había quedado más o menos abandonada desde los días del Frente Popular en la década de los años treinta y que nosotros resucitamos. Se hizo evidente que en otras universidades se estaban produciendo debates similares y que debía crearse una plataforma común para esta emergente izquierda estudiantil. Esto explica la palabra «Universidades» en el nombre de la revista que acabamos publicando. La otra mitad de su abigarrado y extremadamente poco comercial nombre señalaba nuestro inte-

rés por las cuestiones culturales, mediante un simbólico enlace con la *Left Review*, una ecléctica revista literaria y cultural poco ortodoxa de las décadas de los años treinta y cuarenta, más receptiva a los nuevos movimientos culturales (por ejemplo, en su apertura, hacia las corrientes modernas) que cualquier otra revista de partido equivalente de su época; Brecht fue publicado en Inglaterra por primera vez en sus páginas. Sin embargo, los sucesos de 1956 destruyeron los límites estudiantiles de este debate y nos catapultaron al remolino de la política de izquierda nacional e internacional. El primer número de *Universities and Left Review*, que apareció en la primavera de 1957, tenía cuatro editores: Raphael Samuel y Gabriel Pearson, que abandonaron el PC después de Hungría, y Charles Taylor y yo mismo, que representábamos a los «independientes». Su contenido y sus colaboradores –Isaac Deutscher, Bourdet, Lindsay Anderson, Thompson, Cole, Eric Hobsbawm, Graeme Shankland sobre planificación urbana, David Marquand sobre *Lucky Jim*, Joan Robinson, Basil Davidson– demostraban claramente este traslado a un escenario más amplio.

Tradiciones marxistas inglesas

La Nueva Izquierda tenía raíces igual de importantes, aunque muy distintas, en otra tradición, representada por el *New Reasoner*. Esta tendencia había surgido de la política comunista y del Frente Popular en Gran Bretaña. Algunos de sus componentes –Edward Thompson, John Saville, Rodney Hilton, Christopher Hill, Victor Kiernan, Eric Hobsbawm– habían pertenecido a un enclave singular, el Grupo de Historiadores del Partido Comunista, que, bajo la inspiración de la poco conocida Dona Torr, desarrolló una lectura tremendamente original e independiente de la historia británica y una forma de política marxista mucho más en contacto con el radicalismo popular inglés, que era muy distinta en cuanto a estilo e inspiración a la mantenida en la dirección del PC por figuras poderosas pero profundamente sectarias como Palme Dutt.

Las revelaciones del XX Congreso estimularon en el seno del partido una dolorosa revisión de toda la experiencia estalinista, y el *Reasoner* apareció precisamente en ese contexto como boletín de la oposición interna que insistía en «rendir cuentas» pública y abiertamente. Sólo después de ser derrotados en su lucha por el derecho a expresar lo que oficialmente se definía como opiniones de «facciones», y de que la disciplina del centralismo democrático se movilizara contra ellos, la mayoría de los componentes del *Reasoner* dejaron el partido o fueron expulsados de él y *New Reasoner* apareció como revista independiente de la izquierda. El último número de *Reasoner* fue planificado y producido antes de Suez y Hungría, pero, para él, estos sucesos «marcaban un hito»:

Ni siquiera la urgencia de la crisis egipcia puede disimular el hecho de que los acontecimientos de Budapest representan un punto de inflexión crucial para nuestro partido. La agresión del imperialismo británico es peor y más cí-

nica que otras agresiones imperialistas anteriores. Pero la crisis en el comunismo mundial es ahora de otra naturaleza³.

La Nueva Izquierda representaba, por lo tanto, la reunión de dos tradiciones políticas distintas. ¿Cómo ocurrió esto y qué tal funcionó? Los detalles organizativos de la amalgama entre ambas revistas pueden ser resumidos rápidamente. Continuaron publicando en paralelo durante algún tiempo, publicitando y promocionándose la una a la otra. Después, ambos consejos de redacción comenzaron a reunirse periódicamente alrededor de una agenda política más amplia, para acordar la designación conjunta de miembros del consejo y para reclutar a otros nuevos. Ambos consejos estaban cada vez más preocupados por el esfuerzo para mantener la viabilidad financiera y comercial de dos revistas. El coste en términos de recursos humanos era más acuciante aún. Para muchos de nosotros, la vida normal había quedado más o menos en suspenso en 1956. Algunos no habían dejado de girar en círculo desde entonces y se encontraban en un estado de agotamiento político extremo. Desde una perspectiva más optimista, también contaban las oportunidades que estábamos perdiendo de crear una plataforma política más amplia y unida para nuestra posición. Aunque éramos conscientes de nuestras diferencias, nuestros puntos de vista se habían acercado durante los meses de colaboración. De esta variedad de factores surgió la decisión de la fusión y, dado que candidatos más adecuados como Thompson y otros no estaban dispuestos a colaborar, acepté precipitadamente el puesto de editor jefe de la *New Left Review*, con John Saville como director del consejo editorial.

La primera NLR

Con esta forma, *New Left Review* duró dos años. Creo que nunca tuvo tanto éxito ni fue tan emblemática como sus dos predecesoras. El ritmo bimensual y la presión para conectar con cuestiones políticas inmediatas nos empujaron a convertirnos más en un *magazine* de izquierda que en una «revista». Esto requirió un cambio en el estilo periodístico y editorial que no casaba con la intención política original y para el que el consejo de redacción no estaba preparado. Había diferencias de énfasis y de estilo de trabajo entre el consejo, que llevaba el principal peso político y la autoridad del movimiento, y el pequeño grupo de trabajo editorial que comenzó a reunirse en el número 7 de Carlisle Street en Soho.

Los integrantes de *New Reasoner*—Edward y Dorothy Thompson, John Saville y otros miembros del consejo editorial del *Reasoner* como Ronald Meek, Ken Alexander y Doris Lessing— pertenecían a una generación política formada en las experiencias del Frente Popular y de los movimientos antifascistas de los años treinta, de los movimientos de resistencia euro-

³ Edward P. Thompson, «Through the Smoke of Budapest», *Reasoner* (noviembre de 1956).

peos durante la guerra, de las campañas del «Segundo Frente» por la «amistad con la Unión Soviética» y por el giro popular a la izquierda representado por la victoria laborista en 1945. Aunque algunos de los comunistas más jóvenes de la tendencia *ULR* también pertenecían a esta tradición, su relación con la misma siempre fue diferente. En su abrumadora mayoría, el centro de gravedad de la generación de la *ULR* se situaba irrevocablemente en la posguerra. Se trataba de una diferencia no de edad sino de formación, una cuestión de generaciones políticas para las cuales la Guerra constituía la línea divisoria simbólica. Estas diferencias provocaron sutiles tensiones que emergieron alrededor de la nueva revista.

Estas diferencias de formación y de estilo de trabajo político fueron magnificadas por la localización de ambas tendencias en dos entornos sociales y culturales bien distintos. La base del *New Reasoner* estaba en Yorkshire y en el norte industrial. Aunque contaba con muchos lectores en otros sitios, estaba orgánicamente enraizada en una cultura política provincial –no sólo la del movimiento laborista sino también de organizaciones como el Comité por la Paz de Yorkshire– y recelaba profundamente de «Londres». *ULR* también consiguió apoyo en muchos puntos del país, pero pertenecía sobre todo a lo que los miembros de *Reasoner* consideraban el eje «cosmopolita» o el eje «Oxford-Londres». Aunque entonces no lo entendimos conscientemente, los miembros de la *ULR* eran modernos o incluso «cosmopolitas sin raíces». En mi caso, al haber nacido en una colonia, me sentía más cómodo en la cultura metropolitana, que era socialmente más anónima, aunque lamentaba la ausencia de conexión de *ULR* con la vida de la clase obrera no metropolitana.

Ya debería haber quedado claro que, incluso en el interior de los consejos editoriales de las revistas originales, la Nueva Izquierda estaba lejos de ser monolítica y, en verdad, nunca llegó a ser cultural o políticamente homogénea. Las tensiones eran solventadas, en su mayor parte, de forma humana y generosa. Pero cualquier atento lector de las revistas sería capaz de identificar rápidamente claros puntos de diferencia y, en ocasiones, serios debates sostenidos que emergían en sus páginas. Por lo tanto, sería un error intentar reconstruir en retrospectiva una «Nueva Izquierda» básica e imponer sobre ella una unidad política que nunca tuvo. Sin embargo, aunque ninguno de sus miembros habría confeccionado la misma lista, había un conjunto de temas relacionados que concitaban suficiente acuerdo como para dotarla de personalidad propia como formación política.

Para mí, este acuerdo se centraba en el razonamiento de que cualquier perspectiva para la renovación de la izquierda tenía que empezar por una nueva concepción del socialismo y por un análisis radicalmente nuevo de las relaciones sociales, de la dinámica y la cultura del capitalismo de posguerra. Lejos de tratarse de un modesto ejercicio de puesta al día, se trataba de un proyecto intelectual de largo alcance, ambicioso y polifacético. En lo que respecta al socialismo, significaba enfrentarse a las deprimentes

experiencias tanto del «socialismo realmente existente» como de la «socialdemocracia realmente existente», y transformar a la luz de esas experiencias la propia concepción de «lo político». En cuanto a esto último, lo que llamábamos «capitalismo corporativo» moderno tenía formas económicas, organizativas, sociales y culturales muy distintas. Funcionaba según una «lógica» distinta a la del capitalismo empresarial descrito en las tesis clásicas de Marx o encarnado en el lenguaje y la teoría de la izquierda e inscrito en sus agendas, instituciones y escenarios revolucionarios. Para muchos de nosotros (aunque no para todos), en esta lucha por cimentar el socialismo en un análisis nuevo de «nuestros tiempos» fue primordial y originalmente donde comenzó todo el proyecto de la Nueva Izquierda.

La visión predominante era que estábamos entrando en una sociedad «poscapitalista» en la que los problemas principales de distribución social habían sido resueltos por la vigorosa expansión económica de posguerra unida a la expansión del Estado de bienestar, a la regulación macroeconómica keynesiana y al «lado humano» de la revolución gerencial. Todos éstos eran elementos de lo que posteriormente se conocería como «corporativismo» —gran capital, gran Estado— o, desde otro punto de vista, como el «consenso de posguerra», que en conjunto habían conducido a la erosión de las tradicionales culturas de clase y al «aburguesamiento» de la clase obrera. A este planteamiento se oponía el argumento de la «Vieja Izquierda» de que, como el sistema seguía siendo claramente capitalista, no había habido ningún cambio significativo. Las clases y la lucha de clases seguían siendo lo que siempre habían sido y seguían estando donde siempre habían estado, y cuestionar eso era traicionar la causa revolucionaria.

Sin embargo, en la Nueva Izquierda la mayoría rehusaba esta lógica binaria. Las nuevas formas de propiedad y de organización corporativa, y las dinámicas modernas de acumulación y consumo requerían un nuevo análisis. Estos procesos habían tenido sus efectos sobre la estructura social y la conciencia política. De manera más general, la propagación del consumismo había desarticulado muchas actitudes culturales y jerarquías sociales tradicionales, y esto tenía consecuencias para las políticas, para los electorados que apoyarían el cambio y para las instituciones y planes de la izquierda, a los que el socialismo tenía que adaptarse. A falta de suficiente material autóctono para seguir adelante, los analistas estadounidenses —Riesman, Galbraith, Wright Mills— que se encontraban en la primera línea de estos análisis nos suministraron nuestros principales argumentos en esta discusión.

Cultura y política

Muy relacionado con esto estaba la discusión sobre la «deriva» contradictoria y políticamente indeterminada del cambio cultural y social. Este cambio no suponía una transformación de la sociedad y, sin embargo, aunque con ambigüedades, desmantelaba claramente muchas de las vie-

jas relaciones y formaciones sobre las que se había construido históricamente todo el edificio de la izquierda y el proyecto del socialismo. De nuevo, había al menos dos versiones opuestas de esto. Una era que, ya que la estructura fundamental de clase de la sociedad británica permanecía intacta, «el cambio» sólo podía ser «sociológico», superficial. Recogía diferencias casuales y fundamentalmente estilísticas en áreas marginales, como las nuevas actitudes y estilos de vida entre los jóvenes, los nuevos patrones de vida urbana, el movimiento de huida del centro de las ciudades, la creciente importancia del consumo en la vida diaria, el «debilitamiento» de las viejas identidades sociales, etcétera, que no afectaban a «los fundamentos». Esta explicación fundamentalista iba acompañada, en el otro extremo, de una incesante celebración del cambio por sí mismo en el que los nuevos medios de comunicación habían realizado una masiva inversión. Con la expansión del «nuevo periodismo» y el auge de la televisión comercial, la sociedad parecía embrujada por las imágenes de sí misma en movimiento, reflejando sus relucientes superficies de consumo.

De nuevo, la Nueva Izquierda insistió en no suscribir ninguna de estas alternativas simples, eligiendo en su lugar una «tercera» descripción más compleja. No estábamos necesariamente de acuerdo en cómo entender estos cambios (la discusión entre Edward Thompson, Raphael Samuel y yo mismo sobre mi artículo especulativo «A Sense of Classlessness» en las páginas de *URL* es un *locus classicus* de este debate), pero sí coincidíamos en su significado. Desde mi punto de vista, mucho de lo que era creativo aunque caótico e impresionista en la «imagen del mundo» que emergía de las páginas de los escritos de la Nueva Izquierda, debía su frescura y vitalidad (así como su utopismo) al esfuerzo por esbozar el significado de estos contornos de cambio que se modificaban rápidamente. De hecho, ahí fue donde surgió la inversión de la Nueva Izquierda en el debate sobre la cultura. En primer lugar, porque era en los dominios culturales e ideológicos donde los cambios sociales se hacían más dramáticamente visibles. En segundo, porque la dimensión cultural no nos parecía una dimensión secundaria sino constitutiva de la sociedad. (Esto refleja parte de la larga polémica de la Nueva Izquierda con el reduccionismo y el economicismo de la metáfora de la base-superestructura.) En tercer lugar, porque el discurso de la cultura nos parecía fundamentalmente necesario para cualquier lenguaje en el que el socialismo pudiera volver a ser descrito. La Nueva Izquierda, por lo tanto, dio los primeros pasos vacilantes para plantear cuestiones de análisis y política cultural en el centro de su política.

De estas maneras diferentes, la Nueva Izquierda lanzó un asalto sobre la estrecha definición de «política» e intentó proyectar en su lugar una «concepción expandida de lo político». Aunque no llegó tan lejos como el principio feminista de que «lo personal es político», sí se abrió a la crítica dialéctica entre «problemas privados» y «cuestiones públicas», que hizo saltar por los aires el concepto convencional de la política. La lógica que implicaba nuestra posición era que estas «dimensiones ocultas» tenían que estar representadas en el discurso de «lo político» y que la gente normal

podía y debía organizarse dondequiera que estuviese, alrededor de los problemas de la experiencia inmediata; comenzar a expresar su disconformidad en un lenguaje existencial y promover la agitación desde ese punto. (Éste fue el origen de nuestro intenso debate sobre el «humanismo socialista».) La definición ampliada de lo político entrañaba también un reconocimiento de la proliferación de potenciales escenarios de conflicto social y de grupos por el cambio. Aunque estábamos a favor de un sindicalismo fuerte, nos oponíamos a la idea de que sólo quienes estaban en el «punto de producción» podían hacer la revolución.

La crítica del reformismo y de su particular representante británico, el «laborismo», estaba dentro de esta ampliación del discurso sobre «lo político». Buscábamos una transformación más radical y estructural de la sociedad: en parte, porque nos sentíamos comprometidos con muchas de las perspectivas fundamentales del programa socialista clásico y, en parte, porque veíamos en el capitalismo moderno un aumento —no una disminución— de la concentración de poder social y podíamos seguir el impacto de la «mercantilización» sobre áreas de la existencia bien alejadas de los centros inmediatos de explotación laboral. Pero, sobre todo, por la crítica mucho más amplia que hacíamos de «la civilización y la cultura capitalistas». Nadie expresó tan profundamente como Raymond Williams el carácter fundamental y constitutivo de este argumento para la Nueva Izquierda y dentro de ella. En ese sentido, seguíamos siendo «revolucionarios», aunque pocos conservaban la fe en un asalto vanguardista al poder del Estado. La oposición entre «reforma» y «revolución» nos parecía a muchos trasnochada; más una forma de imprecisar y anatemizar a otros que un valor histórico-analítico valioso por sí mismo. Buscábamos distintas formas de superarla.

En estas y en otras formas significativas, la tendencia dominante de la Nueva Izquierda era «revisionista» con respecto tanto al laborismo como al marxismo. Habíamos surgido y vivíamos en la época de los «muchos marxismos». Prácticamente ninguno de nosotros podría haber sido descrito después de 1956 como «ortodoxo», principalmente porque, aunque manteníamos posturas distintas sobre cuánto del marxismo podía ser trasladado sin «revisión» a la segunda mitad del siglo xx, todos nos negábamos a considerarlo como una doctrina fija y cerrada o un texto sagrado. Por ejemplo, para algunos de nosotros tuvo una gran importancia el redescubrimiento de los primeros *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx, con sus temas de la alienación, el ser de la especie y las «nuevas necesidades», que Chuck Taylor trajo de París en 1958 en francés y que poco después estaban disponibles para nosotros en una traducción inglesa.

New Left Clubs

Hubo otros muchos temas que serían de obligada discusión en un análisis exhaustivo: el debate alrededor del «humanismo socialista», los análisis del Tercer Mundo y, en conexión con la Campaña por el Desarme Nu-

clear, el «neutralismo», la OTAN y el desarme; la cultura popular y los medios de comunicación. Sin embargo, dado que la Nueva Izquierda es a menudo considerada como una formación básicamente intelectual, sería más apropiado recordar a los lectores que la «primera» Nueva Izquierda, por errada que estuviera, se veía a sí misma más como un movimiento que como una simple revista. Poco después de la publicación del primer número, *ULR* convocó su primera «reunión de lectores» una poco auspiciosa tarde de domingo, a la que siguió la fundación del Club *ULR* de Londres. En los primeros años, el Club (posteriormente el New Left Club de Londres) atrajo a sus reuniones semanales una audiencia de trescientas o cuatrocientas personas procedentes de todo el espectro de la izquierda. Durante un tiempo fue un lugar extremadamente importante, vital y a menudo polémico, para personas sin otros compromisos políticos formales. Se diferenciaba de la típica organización o secta de izquierdas en que su propósito no era reclutar miembros sino participar en la cultura política de la izquierda en un frente muy amplio, a través del debate, la argumentación, la discusión y la educación.

El Club se convirtió en un importante centro independiente para la política de la izquierda en Londres, sobre todo después de encontrar una residencia permanente –mediante otro de los arriesgados pero brillantes e innovadores proyectos de Raphael Samuel– en el Partisan Café de Carlisle Street. Era la primera «cafetería» izquierdista en Londres, con un salón y biblioteca en las plantas superiores. En la cuarta planta se encontraban las oficinas de la *ULR*, que después se convertirían en las de la *NLR*. Tras la fusión, surgieron varios New Left Clubs por todo el país. El último número de *NLR* que yo edité, el 12, listaba 39 de estos centros con distintos grados de salud política. Los clubes reflejaban, por su programa y composición, el carácter cultural y político de su localidad: los Left Clubs de Manchester y Hull estaban próximos a los movimientos laboristas locales; la Liga Socialista de Fife estaba vinculada, a través de Lawrence Daly, a un movimiento socialista independiente entre los mineros de Escocia; los clubes de Croydon y Hemel Hempstead tenían una personalidad más «interclasista» o incluso «de ciudad nueva desclasada».

Muy pronto, el New Left Club de Londres lideró la propaganda y organización de la Marcha a Aldermaston dentro de la primera Campaña por el Desarme Nuclear (CDN), que los miembros del club apoyaron en masa. Fue el comienzo de una estrecha vinculación entre la Nueva Izquierda, el moderno movimiento pacifista en Inglaterra y el nacimiento de la CDN como organización política de masas. Entre otras actividades, el New Left Club de Londres estuvo muy implicado en las revueltas raciales de Notting Hill en 1958 y en las luchas antirracistas en North Kensington. Participamos en el esfuerzo para fundar asociaciones de vecinos en la zona, ayudamos a proteger a la población negra, que, en el cenit de estos «problemas», estaba siendo atacada y acosada por numerosos grupos blancos entre la estación de Notting Hill y sus hogares, y formamos piquetes en reuniones de Mosley y de otros grupos de extrema derecha. En el curso

de estas acciones tropezamos con poderosos rastros de racismo en el seno del propio Partido Laborista, y Rachel Powell, una activa miembro del club, desveló el escándalo del «rachmanismo» y la explotación de los caseros blancos en Notting Hill.

Peter Sedgwick afirmó sagazmente en una ocasión que la Nueva Izquierda era más un «entorno» que un movimiento. Observaba la ausencia de una estricta estructura organizativa, el difuso concepto de liderazgo, la falta de jerarquías, afiliaciones, reglas, regulaciones y programa o «línea» de partido que caracterizaban a la Nueva Izquierda, en marcado contraste con otras tendencias políticas y sectas de extrema izquierda. Estos rasgos eran producto de nuestra crítica al leninismo y a las formas de organización del centralismo democrático y del énfasis puesto sobre la autoorganización y la política participativa, que ahora podemos ver retrospectivamente como una «prefiguración» de mucho de lo que vendría después. Sedgwick también podía referirse al bajo nivel de participación de la clase obrera o —para ser más precisos— a la «competencia interclasista» de muchos aunque de ninguna manera todos los New Left Clubs. Esto podría ser considerado una seria debilidad, y de hecho lo era, pero extrañamente tenía también algunas ventajas. Los clubes eran especialmente fuertes en aquellos estratos sociales que emergían de los paisajes de clase que tan rápidamente se recomponían y descomponían en la Gran Bretaña de posguerra. Esto no nos separaba de los trabajadores ordinarios, ya que muchos de ellos eran activos simpatizantes, pero sí de las culturas políticas del movimiento obrero tradicional y de los cuadros revolucionarios de las sectas. Sin embargo, daba a la Nueva Izquierda un acceso privilegiado a los rechinantes y crispantes procesos de un cambio social contradictorio.

Práctica prefigurativa

Aun con todas sus debilidades, los clubes señalaron que el proyecto de la Nueva Izquierda era un nuevo tipo de entidad socialista, no un partido sino un «movimiento de ideas». Eran una señal, para nosotros y para la izquierda, de que la «cuestión de la agencia» se había vuelto muy problemática. Adoptamos este enfoque, en parte, por convicción y, en parte, porque pensamos que el movimiento de la gente ordinaria hacia la política —rompiendo con la coraza de las opiniones convencionales y con el alineamiento ortodoxo de sus propias vidas en un tema concreto, y comenzando a «emprender la acción por sí mismas»— era políticamente más significativo que la más correcta de las «líneas correctas». Otra de las razones era que veíamos en embrión en la CDN un nuevo tipo de movilización política —más allá, por así decir, de los grandes batallones de partido— que reflejaba ciertas fuerzas sociales emergentes para las cuales la izquierda debía desarrollar una nueva práctica política.

La CDN fue uno de los primeros «movimientos sociales» de este tipo que aparecieron en la política de posguerra; un movimiento popular con un

empuje claramente radical y un contenido anticapitalista implícito, que se formó mediante la propia actividad de la sociedad civil alrededor de una cuestión concreta, pero que carecía de una composición de clase clara y que apelaba a las personas atravesando las sólidas líneas, netamente trazadas, de la tradicional identidad de clase o de la lealtad organizativa. En estos nuevos movimientos ya era posible reconocer rasgos de la sociedad moderna y puntos de antagonismo social que –igual que los movimientos de derechos civiles de la época, las cuestiones sexuales y feministas, los problemas ecológicos y medioambientales, las políticas comunitarias, los derechos a la asistencia social y las luchas antirracistas de los años setenta y ochenta– siempre habían sido difíciles de integrar en las agendas organizativas de la izquierda tradicional. Sin embargo, sin estos movimientos sociales no se puede concebir hoy una movilización social contemporánea o un movimiento para impulsar cambios radicales en los tiempos modernos.

En última instancia, lo que la CDN planteaba a la Nueva Izquierda –como siempre ocurre con un nuevo movimiento social– era el problema de cómo articular estos nuevos impulsos y fuerzas sociales con la política de clase más tradicional de la izquierda, y cómo, mediante esta articulación, podía transformarse el proyecto de la izquierda. El hecho de que no tuviéramos más éxito del que ha tenido la izquierda desde entonces en la construcción de un «bloque histórico» de práctica política homogénea, a partir de intereses sociales y movimientos y planes políticos tan heterogéneos, no niega la urgencia de esta tarea. Lo que podemos aprender de la «primera» Nueva Izquierda son las preguntas que debemos hacernos, no qué respuestas dan resultado.

Por lo que respecta al Partido Laborista, mucha gente dentro y alrededor de la Nueva Izquierda eran miembros de él. Muchos otros no lo eran. Como movimiento, nuestra actitud hacia el Partido Laborista era muy clara. Nuestra independencia respecto a vínculos organizativos, controles y rutinas y disciplinas de partido era esencial para nuestro proyecto político. El voto mayoritario a favor del unilateralismo en la Conferencia del Partido Laborista, por el cual muchos de nosotros hicimos campaña, fue un claro ejemplo para nosotros de la «derrota en la victoria», como resultado de confundir la victoria en una plataforma con la conquista de nuevas posiciones políticas populares. En el interior de la maquinaria política, la CDN se marchitó convirtiéndose en un talismán, en un fetiche de las resoluciones de la conferencia del partido, en un juguete de las maniobras del voto en bloque; sin tocar tierra en la conciencia política o en la actividad de muchas personas reales.

Al mismo tiempo reconocíamos que la suerte del socialismo en Gran Bretaña estaba inexorablemente unida al destino y a las fortunas del laborismo. Reconocíamos que, para bien o para mal, el Partido Laborista era el partido que había dirigido a la amplia mayoría de la clase trabajadora con una política reformista. Honrábamos su vínculo histórico con el

movimiento sindical. Lo reconocíamos como el motor de la revolución del «Estado de bienestar» de 1945, que nunca subestimamos porque representaba una reforma, más que una subversión, del sistema. Seguíamos siendo muy críticos con la cultura fabiana y laborista del partido, con su estatalismo, con su falta de raíces populares en la vida política y cultural de la gente normal, con su recelo burocrático hacia cualquier acción o «movimiento» independiente fuera de sus límites, y con su profundo antiintelectualismo. Nos oponíamos a los procedimientos profundamente antidemocráticos del voto en bloque y al vacío «constitucionalismo» del partido. Sin embargo, sabíamos que el Partido Laborista representaba, nos gustara o no, la apuesta estratégica dentro de la política británica que nadie podía ignorar.

Por ello desarrollamos una política abierta y polémica en relación con el liderazgo de Gaitskell, por un lado, y con la perspectiva de la izquierda tradicional de «nada ha cambiado y reafirmamos la cláusula 4 [que recogía los valores y fines del partido]», adoptando aquí –como en otros sitios– una tercera posición, abriendo un «tercer frente». En los debates revisionistas de los años cincuenta y sesenta nos opusimos a las tesis poscapitalistas, del «rostro humano del capitalismo corporativo», propuestas por Crosland en *The Future of Socialism*, aunque reconocíamos en él a un adversario formidable e inteligente. Insistimos –en contra del inmovilismo doctrinario de gran parte del laborismo y sindicalismo de izquierda– en la necesidad de cimentar las perspectivas de la izquierda en un nuevo análisis de las novedosas condiciones del capitalismo y del cambio social de posguerra. Algunas personas continuaron trabajando en este sentido desde el interior del Partido Laborista, otras trabajaron desde fuera. No entendíamos que pudiera haber una «línea correcta» sobre este tema cuando había tan poca relación entre lo que la gente quería políticamente y el vehículo para conseguirlo. Por lo tanto, nuestra estrategia era soslayarlo y alternativamente implicar a la gente, fuera cual fuera su afiliación, en una actividad y un debate político independientes.

Esta estrategia «paralela» requería, como condición necesaria, el mantenimiento de revistas, de clubes, de una red de contactos, de formas de manifestación, de argumentos y de propaganda para articular esta «tercera posición», que no estuvieran sometidos a las rutinas del centro de mando laborista en Transport House, sino diseñados para presionar y afectar a la política interna del Partido Laborista y al movimiento obrero. Llamamos a esta estrategia «un pie dentro, un pie fuera».

Ir al pueblo

¿Qué tipo de liderazgo organizativo implicaban estas estrategias? La metáfora a la que recurriamos constantemente era la de la «propaganda socialista». Como Edward Thompson señalaba en el *New Reasoner*:

La Nueva Izquierda no se postula como una organización alternativa a las ya existentes; por el contrario, ofrece dos cosas a los que se encuentran dentro y fuera de las organizaciones existentes: una propaganda específica de ideas y ciertos servicios prácticos (revistas, clubes, escuelas, etcétera)⁴.

El concepto de «propaganda socialista de ideas» había sido tomado, naturalmente, de forma directa y explícita de William Morris y de las relaciones forjadas en la Liga Socialista entre intelectuales, que intentaban convertirse en lo que Gramsci llamaba «intelectuales orgánicos», y la clase trabajadora. Todos habíamos leído y nos habíamos inspirado en el capítulo «Making Socialists» contenido en *William Morris. Romantic to Revolutionary*, de Thompson. De hecho, el primer editorial de la *NLR* estaba enmarcado al principio y al final por una cita del artículo de Morris en *Commonweal* de julio 1885: «El movimiento laborista no se encuentra en fase insurreccional». Yo añadí: «estamos en nuestra fase misionera»⁵.

Aunque no completamente teorizado, este concepto de liderazgo estaba basado en ciertos presupuestos claros. El primero era la necesidad de cuestionar el antiintelectualismo convencional del movimiento laborista británico y de superar la división tradicional entre los intelectuales y la clase trabajadora. El segundo era el repudio de los tres modelos alternativos: las concepciones «vanguardistas» y «centralistas democráticas» del liderazgo revolucionario, las ideas fabianas de los «expertos» de clase media dentro de la maquinaria del Estado llevando el socialismo a las clases trabajadoras, y la tradicional fe de la izquierda laborista en los mecanismos constitucionales, en las resoluciones de conferencias y en las victorias en las votaciones en bloque y «los procesos electorales con apenas más candidatos de “izquierda”»⁶. El tercer presupuesto era nuestra opinión de que los cambios en la sociedad británica de la posguerra habían puesto al alcance de un gran número de nuevos estratos sociales la educación y la propaganda socialistas. El cuarto era que teníamos la profunda convicción de que, en contra del economicismo estalinista, trotskista y de la izquierda laborista, el socialismo era un movimiento democrático *consciente* y que los socialistas se *hacían*, no nacían o aparecían solamente por las inevitables leyes de la historia o de los procesos objetivos de los modos de producción.

También cuestionábamos el punto de vista predominante de que la llamada sociedad de la abundancia podría por sí misma erosionar el atractivo de la propaganda socialista, que el socialismo sólo podía surgir de la miseria y la degradación. Nuestro énfasis en que el pueblo realizara acciones por sí mismo, «construyendo el socialismo desde abajo» y «en el aquí y ahora», sin esperar a una abstracta Revolución que transformara

⁴ E. P. Thompson, «The New Left», *New Reasoner* 9 (1959), p. 16

⁵ Stuart Hall, «Introducing *NLR*», *NLR* I/1 (1960), p. 2.

⁶ E. P. Thompson, «The New Left», cit., p. 16.

todo en un abrir y cerrar de ojos, demostró ser, a la luz del resurgimiento de estos temas tras 1968, extraordinariamente prefigurativa. Tal como lo expusimos en el primer número de la *NLR*:

Tenemos que ir a los pueblos y a las ciudades, a las universidades y a las escuelas técnicas, a los clubes juveniles y a las filiales de los sindicatos, y hacer socialistas allí, como decía Morris. Hemos pasado por 200 años de capitalismo y 100 de imperialismo. ¿Por qué iba la gente a volverse de manera natural hacia el socialismo? No hay ninguna ley que afirme que el movimiento laborista, como una gran máquina inhumana, vaya a impulsarnos hacia el socialismo, ni que podamos seguir confiando [...] en que la pobreza y la explotación empuje a la gente, como a animales ciegos, hacia el socialismo. El socialismo es y seguirá siendo una fe activa en una nueva sociedad, a la que podemos acercarnos como seres humanos conscientes y lúcidos. La gente debe ser confrontada con la experiencia y convocada a la «sociedad de iguales» no porque se encuentre en una situación límite, sino porque la «sociedad de iguales» es mejor que la mejor de las arteras sociedades capitalistas de consumo, y la vida es algo que se vive, no algo por lo que uno pasa como el té por el colador⁷.

Esta postura podría parecer ingenua y ciertamente desde entonces ha sido calificada de «utópica» y «populista». Pero era populista en el sentido que daban los *narodnik* a «ir al pueblo», en términos de lo que ellos/nosotros podíamos llegar a ser, más que en el sentido de extraer el consentimiento popular mediante cínicas llamadas a lo que el pueblo ha sido instruido a desear por sus mentores. Teníamos una noción instintiva, aunque no bien formulada, de que el proyecto socialista tenía que estar enraizado en el aquí y ahora y conectar con la experiencia viva, con lo que desde entonces se ha dado en llamar «lo nacional-popular». «El pueblo», naturalmente, es siempre una construcción discursiva, y la ausencia de un referente social concreto en el populismo de la primera Nueva Izquierda era ciertamente significativa. Pero hay más de una clase de populismo y éste puede, a pesar de sus problemas, ser articulado hacia la derecha o la izquierda, y servir tanto para superar como para provocar antagonismos sociales. El «populismo» de la primera Nueva Izquierda no era ciertamente de este último tipo, como Edward Thompson, su principal arquitecto, explicó en el *New Reasoner*:

Lo que distinguirá a la Nueva Izquierda será su ruptura con la tradición del fraccionamiento interno del partido y su renovación de la tradición de la asociación abierta, la educación socialista y la actividad dirigida hacia el pueblo en su conjunto [...]. Insistirá en que el movimiento obrero no es una cosa, sino una asociación de hombres y mujeres; en que los trabajadores no son receptores pasivos del condicionamiento cultural y económico, sino seres intelectuales y éticos [...]. Apelará a la gente mediante argumentos racionales y retos morales. Se opondrá al materialismo filisteo y al antiintelectualismo de la Vie-

⁷ S. Hall, «Introducing *NLR*», cit., p. 3.

ja Izquierda apelando a la totalidad de los intereses y potencialidades humanas, y construyendo nuevos canales de comunicación entre trabajadores industriales y expertos en las ciencias y las artes. Dejará de posponer la satisfacción del socialismo hasta un hipotético periodo «después de la revolución», al tiempo que intentará promover, en el presente y sobre todo en los grandes centros de vida de la clase trabajadora, un sentido más rico de comunidad⁸.

Las tensiones y contradicciones implícitas en este «populismo» nunca fueron completamente resueltas. Los rápidos cambios en la estructura social durante el periodo de posguerra, que constantemente intentábamos describir sin llegar a concretarlos, afectaban directamente a la Nueva Izquierda; no conseguimos integrar estas diferencias en un nuevo «bloque histórico», aunque ése fuera nuestro objetivo implícito. Las tensiones mencionadas entre el norte provincial y el Londres cosmopolita, igual que versiones posteriores de la división Norte/Sur, eran mucho más complejas de lo que sugiere esta simple oposición. Sin embargo, ocultaban algunas diferencias críticas en el ritmo y carácter de la recomposición de clase y de la descomposición social de la sociedad británica de posguerra, y llegaron a ser una metonimia de la diversificación en el campo de la política, sin proponer un principio de articulación. Las tensiones entre intelectuales y activistas constituyeron un problema continuo aunque poco debatido, conectado a la cuestión mucho más amplia de la incierta consideración de los intelectuales en general en la vida cultural inglesa y del paralizante filisteísmo de la izquierda. Atravesando todas estas tensiones desde otra dirección, estaba la casi completamente oculta cuestión del género, el hecho de que la gran mayoría de miembros del consejo editorial eran hombres y de que el trabajo de mantener en marcha toda la empresa recaía sobre las mujeres; la habitual división sexual del trabajo, tan a menudo reproducida por la izquierda. Sobre esta última cuestión, la Nueva Izquierda mantenía –igual que el resto de la izquierda– una profunda inconsciencia.

Confiábamos en que los clubes desarrollarían su propia organización, liderazgo y canales de comunicación independientes (tal vez sus propios boletines), dejando libre a la revista para desarrollar su propio proyecto. Pero nos faltaban recursos para promover esto, lo que exacerbaba la sensación de los clubes de que no tenían control alguno sobre la revista, y el temor en el consejo editorial de que una revista de ideas no podía ser dirigida eficazmente por comités. Fueron, de hecho, este último problema y las presiones asociadas con él lo que precipitó mi propia dimisión como editor jefe de la *New Left Review* en 1961.

No me corresponde intentar una valoración global de la «primera» Nueva Izquierda, que veo sólo como un primer paso en la formación de un nuevo tipo de política de izquierda. Parece absurdo intentar defender su an-

⁸ E. P. Thompson, «The New Left», cit., pp. 16-17.

dadura en detalle o imponer en retrospectiva una consistencia que no poseía. Sus fortalezas y debilidades, errores y equivocaciones, son incontables y están ahí más para aprender de ellos que para repudiarlos. Sin embargo, yo haría una clara distinción entre lo que hicimos y cómo lo hicimos, y el proyecto más amplio. Sigo tan comprometido con este último como lo estaba entonces. El «tercer espacio» que la «primera» Nueva Izquierda definió e intentó abrir sigue pareciéndome la única esperanza para la renovación del proyecto socialista y democrático en nuestros nuevos y asombrosos tiempos.